

que de Vicence por Bonaparte en su conversacion, le interrumpió con voz irritada: — «Yo soy buen francés, y lo he probado y lo probaré todavía repitiendo que esta guerra es impolítica, peligrosa, y que perderá al ejército, á la Francia y al emperador.»

Bonaparte habia dicho al enviado ruso: — «¿Creeis que yo me cuido de vuestros jacobinos polacos?» Mad. de Stael refiere este último propósito: sus altas relaciones la tenian bien informada, y afirma que existia una carta escrita á Mad. de Romanzoff por un ministro de Bonaparte, el cual proponia rayar de las actas europeas los nombres de Polonia y de polacos: prueba superabundante del disgusto de Napoleon por lo tocante á estos bravos suplicantes.

Bonaparte se informó de Balascheff del número de iglesias de Moscow, y en vista de la respuesta, exclamó: — «¿Cómo tantas iglesias en una época en que ya nadie es cristiano?» — Perdon, señor, replicó el moscovita; los rusos y los españoles lo son todavía.»

Despedido Balascheff con proposiciones inadmisibles, desapareció la última esperanza. Los boletines decían: — «¿Hé aquí ya este imperio de Rusia, tan temible de lejos! Es un desierto, y necesita mas tiempo Alejandro para reunir sus reclutas que Napoleon para llegar á Moscow.»

Cuando Bonaparte llegó á Wilepsk, tuvo un momento la idea de detenerse allí. Volviendo á su cuartel general, despues de haber visto á Barday retirarse otra vez, tiró su espada sobre unos mapas, y exclamó: — «¡Aquí me paro! Ha terminado mi campaña de 1812, y la de 1813 hará lo restante.» ¡Feliz él si se hubiera atendido á esta resolución, que todos sus generales le aconsejaban! Contaba con recibir nuevas proposiciones de paz, y se enfadó no viéndolas llegar. Solo distaba veinte jornadas de Moscow, y repetía: — «¡Moscou, la ciudad santa!» Su mirada era terrible, su aire feroz, y al momento dió la orden de marchar. Hácenle observaciones que desdeña, é interrogado Daru, le responde: — «Que él no concibe ni el objeto ni la necesidad de semejante guerra.» El emperador replica: — «¿Me toman por un insensato? ¿Se piensa que hago la guerra por gusto? ¿No le habian oido decir á él, emperador, «que la guerra de España y la de Rusia eran dos úlceras que roían la Francia?» Mas para hacer la paz se necesitaban dos, y no se recibia una sola carta de Alejandro.

Y estas úlceras ¿de quién venian? Estas inconsecuencias pasan desapercibidas, y aun en caso necesario se cambian en pruebas de la cándida sinceridad de Napoleon.

Bonaparte se creia degradado si se paraba en una falta cometida por él. Sus soldados se quejaban de no verlo ya sino en los momentos de combate, siempre para hacerlos morir, jamás para hacerlos vivir; pero él permanecía sordo á estos clamores. La noticia de la paz entre los rusos y los turcos le llama la atención; pero no le detiene, y se precipita hácia Smolensk. Las proclamas de los rusos decían: — «Viene (Napoleon) con la traicion en el pecho y la lealtad en los labios; viene á encadenarnos con sus legiones de esclavos. Llevemos la cruz en nuestros corazones y el hierro en nuestras manos; arranquemos los dientes á ese león, y derribemos el tirano que derriba la tierra.»

En las alturas de Smolensk encuentra Napoleon el ejército ruso, compuesto de ciento veinte mil hombres: — «Ya los tengo!» exclama. El 17 al amanecer persigue Belliard á un destacamento de cosacos, y lo arroja en el Dnieper; descubierta la cortina, se ve el ejército enemigo en el camino de Moscow, que se iba retirando. El sueño de Napoleon huye otra vez, y Murat, que habia contribuido demasiado á la vana persecucion, desesperado como estaba, queria morir y rehusaba abandonar una de nuestras baterías, envuelta en el fuego de la ciudadela de Smolensk, aun no evacuada: — «¡Retiraos todos, dejadme solo aquí!»

exclamaba. Un ataque horrible tenia lugar contra esta ciudadela: formado sobre unas alturas que se elevan en anfiteatro, nuestro ejército contemplaba el combate, y cuando vió á los sitiadores lanzarse atravesando el fuego y la metralla, batió palmas como lo habia hecho al aspecto de las ruinas de Tebas.

Por la noche atrae las miradas un incendio. Un sargento de Davoust escala los muros, y llega á la ciudadela en medio del humo. El sonido de algunas voces lejanas llega á su oído; amartilla una pistola, se dirige hácia este punto, y con gran sorpresa suya cae en una patrulla de amigos. Los rusos habian abandonado la ciudad, y los polacos de Poniatowski la habian ocupado.

Murat, excitaba el entusiasmo de los cosacos por su traje extraordinario y por el carácter de su valor, que se parecia al suyo. Un día que daba contra ellos una carga furiosa, se irrita, les riñe, y les manda: los cosacos no comprenden; pero adivinan, vuelven hridas, y obedecen la orden del general enemigo.

Cuando vimos en Paris al hetman Platoff, ignorábamos sus aflicciones paternales: en 1812 tenia un hijo bello como el Oriente, y este hijo montaba un soberbio caballo blanco de Ucrania: el guerrero de diez y siete años combatia con la intrepidez de la edad que florece y espera: un hulano polaco le mató. Tendido sobre una piel de oso, los cosacos llegaron respetuosamente á besar su mano, pronunciando oraciones fúnebres; le entierran en una bóveda, cubierta de pinos, y en seguida, llevando de la brida sus caballos, desfilan alrededor de la tumba con las puntas de las lanzas hácia tierra. Creíanse ver los funerales descritos por el historiador de los godos, ó las cohortes pretorianas destruyendo sus haces ante las cenizas de Germánico, *versi fasces*. «El viento hace caer los copos de nieve que la primavera del Norte lleva en sus cabellos.» (Edda de Soemund.)

RETIRADA DE LOS RUSOS.—EL BORYSTENES.—OBLICACION DE BONAPARTE.—KUTUZOFF SUCEDER A BARCLAY EN EL MANDO DEL EJÉRCITO RUSO.—BATALLA DE LA MOSCOWA Ó DE BORODINO.—BOLETIN.—ASPECTO DEL CAMPO DE BATALLA.

Bonaparte escribió desde Smolensk á Francia que era dueño de las Salinas rusas, y que su ministro del tesoro podia contar con ochenta millones mas.

La Rusia huía hácia el polo, y los señores, desertando de sus casas de madera, se marchaban con sus familias, sus siervos y sus rebaños. El Dnieper, ó el antiguo *Borystenes*, cuyas aguas habian sido declaradas santas en otro tiempo por Wladimiro, estaba ya atravesado: este río habia enviado á los pueblos civilizados invasiones de bárbaros, y ahora sufría las invasiones de los pueblos civilizados. Salvaje, disfrazado con un nombre griego, ya no recordaba ni las primeras invasiones de los eslavos, y continuaba corriendo desconocido entre sus bosques, llevando en sus barcas, en vez de los niños de Odin, chales y perfumes y á las mujeres de San Petersburgo y de Varsovia. Su historia para el mundo no comienza sino en el Oriente de las montañas, donde están los altares de Alejandro.

Desde Smolensk se podia igualmente conducir un ejército á San Petersburgo ó á Moscow. Smolensk hubiera debido advertir al vencedor que se detuviera, y aun tuvo ganas de ello por un momento. — «Desalentado el emperador, dice Mr. Fain, habló del proyecto de detenerse en Smolensk.» En los hospitales comenzaba ya á carecerse de todo, y el general Gourgaud cuenta que el general Lariboissiere se vió obligado á entregar la estopa de sus cañones para vendar á los heridos. Pero Bonaparte era arrastrado, y se deleitaba en contemplar en los dos extremos de la

Europa las dos auroras que alumbraban á sus ejércitos en las llanuras ardientes y en las llanuras heladas.

Rolando corria tras de Angélica en su círculo estrecho de caballería: los conquistadores de la primera raza fueron en pos de una divinidad mas elevada: nada de descanso para ellos hasta que hayan estrechado en sus brazos esa soberana coronada de torres, esposa del tiempo, hija del cielo y madre de los dioses. Poseído de su propia existencia, Bonaparte lo habia reducido todo á su persona: Napoleon se habia apoderado de Napoleon, y ya no habia mas que él en sí mismo. Hasta entonces no habia explorado mas que lugares célebres; ahora recorria un camino sin nombre, en cuya extension apenas habia bosquejado Pedro las ciudades futuras de un imperio que no contaba un siglo. Si los ejemplos instruyesen, Bonaparte hubiera debido inquietarse al recuerdo de Carlos XII, que atravesó á Smolensk en husca de Moscou. En Kolodrina hubo un combate mortífero, y como enteraron apresuradamente los cadáveres de los franceses, Napoleon no pudo juzgar de la grandeza de su pérdida. En Dorogobouj se encontró un ruso con una barba brillante de blancura que le caía sobre el pecho: demasiado viejo para seguir á su familia, se habia quedado solo en su hogar: habia visto los prodigios del fin del reinado de Pedro el Grande, y ahora presenciaba en silenciosa cólera la devastacion de su pais.

Una serie de batallas presentadas y rehusadas llevaron á los franceses al campo de la Moskowa. En cada vivac iba el emperador discutiendo con sus generales y oyendo sus consejos, mientras que él estaba sentado sobre pedazos de pino, ó se entretenia con alguna bala rusa que hacia rodar con el pié.

Barclay, pastor de Livonia, y despues general, era el autor de ese sistema de retirada que dejaba tiempo para que llegase el otoño: una intriga de córte le derribó. El viejo Kutuzoff, batido en Austerlitz porque no habia seguido su opinion, la cual era rehusar el combate hasta la llegada del príncipe Carlos, reemplazó á Barclay. Los rusos veían en Kutuzoff un general de su nacion, el discípulo de Suwaroff, el vencedor del gran visir en 1811, y el autor de la paz con la Puerta, entonces tan necesaria á la Rusia. Estando en esto, se presenta un oficial moscovita en las avanzadas de Davoust, que solo venia encargado de proposiciones vagas, pues su principal mision parecia mirar y examinar: todo se lo enseñaron.

Llegado á las alturas de Borodino, Bonaparte ve, en fin, el ejército ruso detenido y formidablemente atrincherado, compuesto de ciento veinte mil hombres y seiscientas piezas de artillería: igual fuerza tenian los franceses. Examinada la izquierda de los rusos, propuso el mariscal Davoust á Napoleon envolver al enemigo: — «Eso me haria perder demasiado tiempo,» responde el emperador. Davoust insiste, y se compromete á tener concluida su maniobra antes de las seis de la mañana. Napoleon le interrumpe bruscamente, y le dice: — «¡Ah; siempre estais por envolver al enemigo!»

Habiase notado un gran movimiento en el campo moscovita; las tropas estaban sobre las armas, y Kutuzoff rodeado de los archimandritas: precedido de los emblemas de la religion y de una sacra imagen salvada de las ruinas de Smolensk, habla á los soldados del cielo y de la patria, llamando á Napoleon el déspota universal.

En medio de estos cánticos de guerra, de estos coros de triunfo, mezclados con gritos de dolor, se oye tambien en el campo francés una voz cristiana que se distingue de todas las otras; es el himno santo que sube solo á las bóvedas del templo. El soldado, cuya voz tranquila, y sin embargo conmovida, resuena la última, es el ayudante de campo del mariscal que

mandaba la caballería de la guardia. Este ayudante se ha mezclado en todos los combates de la campaña de Rusia, y habla de Napoleon como de uno de sus mas grandes admiradores; pero le reconoce debilidad, pone en su lugar relaciones falsas, y declara que las faltas cometidas provinieron del orgullo del gefe y del olvido de Dios en los capitanes. «En el campo ruso, dice el teniente coronel Bandus, se ofrecen sacrificios á los dioses la víspera de un dia, que debe ser el último para tantos valientes.

«El espectáculo ofrecido á mis ojos por la piedad del enemigo, como las burlas de que fue objeto por un gran número de oficiales de nuestras filas, me recordó que el mas grande de nuestros reyes, Carlomagno, se disponia tambien á comenzar la mas peligrosa de sus empresas por ceremonias religiosas... ¡Ah! Sin duda que entre esos cristianos extraviados se encontró un gran número cuya buena fe santificó las oraciones; porque si los rusos fueron vencidos en la Moskowa, nuestra entera destruccion, de la cual no pueden gloriarse de ningun modo, puesto que fue la obra manifiesta de la Providencia, vino á probar algunos meses mas tarde que su demanda habia sido muy favorablemente escuchada.»

Pero ¿dónde estaba el Czar? Este acababa de decir modestamente á Mad. de Stael, fugitiva, que sentia no ser un gran general. En este momento se presentaba en nuestros vivaques Mr. de Beausset, oficial de palacio, que, saliendo de los bosques tranquilos de Saint-Cloud y siguiendo las huellas horribles de nuestro ejército, llegaba la víspera de los funerales á la Moskowa: iba encargado del retrato del rey de Roma, que María Luisa enviaba al emperador. Mr. Fain y Mr. de Segur pintan los sentimientos que experimentó Bonaparte al verlo, y, segun el general Gourgaud, exclamó, despues de haber mirado el retrato: — «Guardadlo, que es demasiado pronto para que vea un campo de batalla.»

El dia que precedió á la tormenta fue extremadamente tranquilo. «Esta especie de prudencia, dice Mr. de Bandus, que se ejercita en preparar tan crueles locuras, tiene algo de humillante para la razon humana cuando se piensa en ella á sangre fria y á la edad á que yo he llegado; porque en mi juventud encontraba todo esto muy hermoso.»

En la tarde del 6 dió Bonaparte esta proclama, que no fue conocida de la mayor parte de los soldados sino despues de la victoria:

«Soldados: hé aquí la batalla que tanto habeis deseado. Ahora, la victoria depende de vosotros; ella nos es necesaria, y nos dará la abundancia y una vuelta pronta á nuestra patria. Conducios como en Austerlitz, en Friedland, en Witepsk y en Smolensk, y que la posteridad mas remota cite vuestra conducta en esta jornada; que se diga de vosotros: — «Estuvo en aquella gran batalla al pié de los muros de Moscow.»

Bonaparte pasó la noche en la ansiedad: unas veces creia que los enemigos se retiraban, otras temia la desnudez de sus soldados y el cansancio de sus oficiales. Sabia que en torno suyo se murmuraba: — «¿Con qué objeto nos han hecho andar ochocientas leguas, para no encontrar sino agua cenagosa, hambre, y vivaques sobre cenizas? Cada año se agrava mas la guerra, y nuevas conquistas fuerzan á ir en busca de nuevos enemigos. Pronto no le bastará la Europa, y necesitará el Asia.» Bonaparte, en efecto, no habia visto con indiferencia las corrientes de agua que se precipitan en el Volga. Detenido en Jaffa, en la entrada occidental del Asia, detenido en Moscow, en la puerta septentrional de esta parte del mundo, de donde se levantaron el hombre y el sol.

En medio de la noche hizo llamar Napoleon á uno de sus ayudantes de campo, quien al entrar lo encon-

tró con la cabeza apoyada en las dos manos: — «¿Qué es la guerra? decía: Un oficio de bárbaros, donde todo el arte consiste en ser el mas fuerte sobre un punto dado.» Quéjase de la inconstancia de la fortuna, envía á examinar la posición del enemigo, le refieren que las fogatas lucen con el mismo brillo y en igual número, y se tranquiliza entonces. A las cinco de la mañana le envía Ney á pedir la orden de ataque: Bonaparte sale, y exclama: — «Vamos á abrir las puertas de Moscou.» El día aparece, y señalando Napoleón al Oriente, que comenzaba á colorarse, exclamó: — «¡Hé allí el sol de Austerlitz!»

Majaik 12 de setiembre de 1812.

EXTRACTO DEL DECIMO OCTAVO BOLETIN DEL GRANDE EJERCITO.

«El 6, á las dos de la mañana, recorrió el emperador las vanguardias enemigas, y se pasó el día en reconocimientos. El enemigo tenía una posición muy cerrada.

«Esta posición pareció hermosa y fuerte. Era fácil maniobrar y obligar al enemigo á evacuarla, pero esto hubiera aplazado la partida.

«El 7, á las seis de la mañana, el general conde Sorbier, que había armado la batería derecha con la artillería de la reserva de la guardia, comenzó el fuego.

A las seis y media fue herido el general Compans, y á las siete mataron el caballo al príncipe de Eckmühl.

«A las siete se pone en movimiento el mariscal duque de Elchingen, y protegido por sesenta piezas de artillería que el general Foucher había colocado la víspera contra el centro del enemigo, se dirige sobre él. Mil bocas de fuego vomitaban de una parte y otra la muerte.

«A las ocho son tomadas las posiciones y reductos del enemigo, y nuestra artillería corona sus alturas.

«Quedaban al enemigo sus reductos de la derecha; el general conde Morand marcha á ellos, y los toma; pero atacado por todas partes á las nueve de la mañana, no puede ya mantenerse en ellos. Animado el enemigo con este triunfo, hace avanzar sus reservas y sus últimas tropas, para probar otra vez fortuna. La guardia imperial rusa hace parte de estas, y ataca nuestro centro, sobre el cual se había atrincherado la derecha. Por un momento se teme que se apodere de la aldea incendiada: la division Friant se dirige á este punto, y ochenta piezas de artillería francesa detienen primero y destruyen en seguida las columnas enemigas, que por espacio de dos horas se mantienen unidas ante la metralla, no atreviéndose á avanzar ni á retroceder, y renunciando á la esperanza de la victoria. El rey de Nápoles decide su incertidumbre; hace cargar el cuarto cuerpo de caballería, que penetra en las brechas que la metralla de nuestros cañones ha hecho en las masas apretadas de los rusos y los escuadrones de sus coraceros: por todas partes se desbandan.

«Son las dos de la tarde, y toda esperanza abandona al enemigo: la batalla está concluida; el fuego de cañón continúa todavía, mas ya solo se bate por su retirada y su salvación, y no por la victoria.

«Nuestra pérdida total puede evaluarse en diez mil hombres; la del enemigo en cuarenta ó cincuenta mil.

Jamás se ha visto semejante campo de batalla. De seis cadáveres; había un francés y cinco rusos. Cuarenta generales rusos han sido muertos, heridos ó prisioneros: el general Bagration fue herido.

«Nosotros hemos perdido el general conde Montbrun, muerto de una bala de cañón; el general conde Caulincourt, que había sido enviado para reemplazarle, muere de la misma manera una hora despues.

«Los generales de brigada Dompere, Planzonne, Marion, Huart, han sido muertos: siete ú ocho generales han sido heridos, la mayor parte levemente. El príncipe de Eckmühl ha salido ileso. Las tropas francesas se han cubierto de gloria, y han demostrado su superioridad sobre las rusas.

«Tal es, en pocas palabras, el croquis de la batalla de la Moskowa, dada á dos leguas á retaguardia de Majaik, y á veinte y cinco leguas de Moscow.

«El emperador no se ha expuesto jamás; la guardia de á pié y de á caballo no ha dado ni perdido un solo hombre: la victoria jamás ha sido incierta. Si el enemigo, forzado en sus posiciones, no hubiera querido reconquistarlas, nuestra pérdida habría sido mas fuerte que la suya; pero destruyó su ejército, teniendo desde las ocho hasta las dos bajo el fuego de nuestras baterías, y obstinándose en recuperar lo que había perdido. Esta es la causa de su inmensa pérdida.»

Este boletín, frío y lleno de reticencias, está muy lejos de dar una idea de la batalla de la Moskowa, y sobre todo de la horrible mortandad en el gran reducto: ochenta mil hombres quedaron fuera de combate, y treinta mil de ellos pertenecían á la Francia. Augusto de la Rochejacquelein sacó el rostro partido de un sablazo, y quedó prisionero de los moscovitas: él recordaba otros combates y otra bandera. Pasando Bonaparte revista al regimiento número 61, dijo al coronel: — «Coronel, ¿qué habeis hecho de uno de vuestros batallones?— Señor, está en el reducto.» Los rusos han sostenido siempre y sostienen aun haber ganado la batalla, y van á levantar una columna triunfal fúnebre en las alturas de Borodino.

La relacion de Mr. de Segur va á suplir lo que falta al boletín de Bonaparte:

«El emperador recorrió el campo de batalla, dice. Jamás ninguno fue de tan horrible aspecto: todo concurría á ello; un cielo oscuro, una lluvia fria, un viento fuerte, habitaciones convertidas en ceniza, una llanura destruida y cubierta de ruinas y escombros: en el horizonte, la triste y sombría verdura de los árboles del Norte; por todas partes soldados errantes entre cadáveres y buscando alimento hasta en las mochilas de sus compañeros muertos: horribles heridas, porque las balas rusas son mas gruesas que las nuestras; vivaques silenciosos, y nada de cánticos ni de relaciones.

«Enredador de las águilas veíase el resto de los oficiales y sargentos, y algunos soldados, apenas los necesarios para custodiar la bandera. Sus uniformes estaban desgarrados por el encarnizamiento del combate, ennegrecidos por la pólvora, manchados de sangre, y, sin embargo, en medio de estos harapos, de esta miseria, de este desastre, todos tenían un aspecto fiero, y aun al aspecto del enemigo daban algunos gritos de triunfo, aunque raros y excitados; porque en este ejército, capaz á un tiempo de análisis y de entusiasmo, cada cual juzgaba de la posición de todos.

«El emperador no pudo evaluar su victoria sino por los muertos. La tierra estaba de tal modo cubierta de franceses tendidos sobre los reductos, que parecía portencerles mas que á los que quedaban de pié: parecía haber allí mas vencedores muertos que vencedores vivos.

«En esta multitud de cadáveres, sobre los cuales era preciso marchar para seguir á Napoleon, el casco

de un caballo chocó contra un herido, y le arrancó el último signo de vida ó de dolor. El emperador, hasta entonces mudo como su victoria, y á quien oprimía el aspecto de tantas víctimas, rompió en cólera, y se aplacó luego por gritos de indignación y por una multitud de cuidados que hizo prodigar á este infeliz. Despues dispersó á los oficiales que le seguían, para que socorriesen á los que se oían gritar por todas partes.

«Encontrábanse principalmente en el fondo de los fosos, donde habían sido precipitados la mayor parte de los nuestros, y adonde muchos se habían arrastrado para estar mas al abrigo del enemigo y del huracán. Los unos pronunciaban gimiendo el nombre de su patria y de su madre: estos eran los mas jóvenes. Los mas ancianos esperaban la muerte con aire impasible ó sardónico, sin implorar ni quejarse: otros pedían que los mataran al instante; mas pasaban rápidamente al lado de estos infelices, á quienes no tenían ni la inútil piedad de socorrer, ni la piedad cruel de acabar con su vida.»

Tal es la relacion de Mr. de Segur. ¡Anatema á las victorias no alcanzadas en la defensa de la patria, y que solo sirven á la vanidad de un conquistador!

La guardia, compuesta de veinte y cinco mil hombres escogidos, no se comprometió en la Moskowa; Bonaparte se negó á ello bajo diversos pretextos. Contra su costumbres, estuvo lejos del fuego, y no podia seguir con sus propios ojos las maniobras. Sentábase ó paseábase cerca de un reducto tomado la víspera, y cuando llegaban á anunciarle la muerte de algunos de sus generales, hacia un gesto de resignación. Mirábase con sorpresa esta impasibilidad, y Ney exclamaba: — «¿Qué hace detrás del ejército? Ahí solo puede alcanzar reveses y no triunfos: puesto que ya no hace la guerra por sí mismo, que ya no es general, que solo quiere hacer por todas partes el emperador, que se vuelva á las Tullerías y nos deje ser generales por él.» Murat confesaba que en esta gran jornada no había reconocido el genio de Napoleon.

Admiradores sin reserva han atribuido la inercia de Napoleon á la complicación de los males de que, aseguran, estaba entonces acometido, y afirman que á cada momento se veía obligado á apearse, y que muchas veces permanecía inmóvil, con la frente apoyada en alguno de sus cañones. Es posible que así fuese; un malestar pasajero podia contribuir en aquel momento á la postración de su energía; pero si se nota que recuperó esta energía en la campaña de Sajonia y en su famosa campaña de Francia, será preciso buscar otra causa de su inacción en Borodino. ¡Cómo! ¿Confesais en vuestro boletín que era fácil maniobrar y obligar al enemigo á evacuar su posición, pero que esto hubiera aplazado la partida; y vos, que tenéis bastante actividad de ánimo para mandar á la muerte tantos millares de nuestros soldados, no tenéis bastante fuerza de cuerpo para ordenar á vuestra guardia que al menos fuese en su socorro? Esto no tiene mas explicación que la naturaleza misma del hombre: la adversidad llegaba, y le heló á su primer alcance. La grandeza de Napoleon no era de esa cualidad que pertenece al infortunio, solo la prosperidad le dejaba enteras sus facultades, pues no estaba hecho para la desgracia.

MARCHA ADELANTE DE LOS FRANCESES.—ROSTOPSCHINO. —BONAPARTE EN EL MONTE DE LA SALVACION.—VISTA DE MOSCOU.—ENTRADA DE NAPOLEON EN KREMLIN.—INCENDIO DE MOSCOU.—BONAPARTE LLEGA CON DIFICULTAD Á PETROSWKI.—ESCRITO DE ROSTOPSCHINO.—RESIDENCIA EN LAS RUINAS DE MOSCOU.—OCUPACIONES DE BONAPARTE.

Entre la Moskowa y Moscou comprometió Murat

una acción delante de Majaik. Al entrar en la ciudad encontraron diez mil muertos ó moribundos: aquellos fueron arrojados por las ventanas para alojar á los vivos. Los rusos se replegaban en buen orden sobre Moscou.

En la noche del 13 de setiembre había reunido Kutuzoff su consejo de guerra, en el cual declararon los generales que Moscou no era la patria. Buturlin (*Historia de la campaña de Rusia*), el mismo oficial que Alejandro envió al cuartel del duque de Angulema en España, y Barclay en su *Memoria justificativa*, dan los motivos que determinaron la opinión del consejo. Kutuzoff propuso al rey de Nápoles una suspensión de armas, mientras que los soldados rusos atravesarían la antigua capital de los czares. La suspensión fue aceptada, porque los franceses querían conservar la ciudad: solo Murat estrechaba de cerca la retaguardia enemiga, y nuestros granaderos pisaban en los talones al granadero ruso que se retiraba; pero Napoleon estaba lejos del triunfo que creía tocar: Kutuzoff ocultaba á Rostopschino.

El conde Rostopschino era gobernador de Moscou. La venganza prometía bajar del cielo: un globo monstruoso, construido con mucho gasto, debía cerperse sobre el ejército francés, coger al emperador en medio y caer sobre su cabeza en una lluvia de hierro y de fuego: en el ensayo se rompieron las alas del ariel, y fue preciso renunciar á la bomba de las nubes; pero quedaron los artificios á Rostopschino. Las nuevas del desastre de Borodino habían llegado á Moscou, en tanto que, por su boletín de Kutuzoff, creían aun en la victoria en el resto del imperio. Rostopschino había hecho diversas proclamas en prosa rimada, y decía:

«¡Vamos, mis amigos moscovitas; marchemos tambien! Reuniremos cien mil hombres, tomaremos la imagen de la Santa Virgen, ciento cincuenta piezas de artillería, y pondremos fin á todo.»

Aconsejaba á los habitantes que se armasen sencillamente de hoces, porque un francés no pesaba mas que una yerba. Sabido es que Rostopschino ha declinado toda participación en el incendio de Moscou, y tambien que Alejandro no se ha explicado jamás sobre este punto. ¿Ha querido Rostopschino ponerse á cubierto de los cargos de los nobles y comerciantes cuya fortuna había perecido? ¿Ha temido Alejandro ser llamado un bárbaro por el instituto? Este siglo es tan miserable, y Bonaparte había acaparado de tal modo todas las grandezas, que cuando sucedía alguna cosa digna, todos negaban tener participación en ella y rechazaban la responsabilidad.

El incendio de Moscou será siempre una resolución heroica que salvó la independencia de un pueblo y contribuyó á la libertad de muchos otros. Numancia no ha perdido sus derechos á la admiración de los hombres. ¿Qué importa que Moscou haya sido quemada? ¿No lo había sido ya siete veces? ¿No está hoy brillante y rejuvenecida, á pesar de que el boletín de Napoleon predijera que el incendio de esta capital retrasaría la Rusia cien años? «La misma desgracia de Moscou, dice admirablemente Mad. de Stael, ha regenerado el imperio: esta ciudad religiosa ha perecido como un mártir cuya sangre derramada da nuevas fuerzas á los hermanos que le sobreviven.» (*Diez años de destierro*).

¿Dónde estarían las naciones, si Bonaparte, desde lo alto de Kremlin, hubiera cubierto al mundo con su despotismo; como con un paño mortuorio? Los derechos de la especie humana pasan antes que todo: para mí, aun cuando la tierra fuese un globo de explosión, no vacilaría en prenderle fuego si se tratase de liberar á mi país. Sin embargo, necesitase nada menos que los intereses superiores de la libertad humana para

que un francés, cubierta la cabeza con un crespon y los ojos llenos de lágrimas, pueda resolverse á referir una resolución que debía ser fatal á tantos franceses.

Se ha visto en París al conde Rostopschino, hombre instruido y de talento: en sus escritos se oculta el pensamiento bajo ciertas bufonadas: especie de bárbaro ilustrado, de poeta irónico y aun depravado, capaz de disposiciones generosas, al mismo tiempo que despreciaba á los pueblos y á los reyes: las iglesias góticas admiten en su grandeza decoraciones grotescas.

La confusion habia comenzado en Moscou; los caminos de Cazan estaban cubiertos de fugitivos á pié, en carruajes, aislados ó acompañados de servidores. Un presagio habia reanimado por un momento los ánimos: un buitre se habia enredado en las cadenas que sostenian la cruz de la iglesia principal; Roma, como Moscou, hubiera visto en este presagio el cautiverio de Napoleon.

Al presentarse los inmensos convoyes rusos á las puertas, se desvaneció toda esperanza. Kutuzoff habia lisonjeado á Rostopschino con defender la ciudad con noventa y un mil hombres que le quedaban; pero ya hemos visto que el consejo de guerra le obligaba á retirarse. Rostopschino se quedó solo.

Cae la noche: unos emisarios van llamando misteriosamente á las puertas, y anuncian que es preciso partir, y que Nive está condenada. Materias inflamables son introducidas en los edificios públicos, en los bazares, en las tiendas y en las casas particulares, llevándose las bombas. Entonces ordena Rostopschino abrir las cárceles: de en medio de una tropa inmunda se hace salir un ruso y un francés: el ruso perteneciente á una secta de inspirados alemanes, estaba acusado de haber querido entregar su patria y de haber traducido la proclama de los franceses. Su padre acude, y el gobernador le concede un momento para bendecir á su hijo.—«¡Yo bendecir á un traidor!» exclama el viejo moscovita: y le maldice. El preso es entregado al furor del populacho.

—«Pero tú, dice Rostopschino al francés, que debias desear la llegada de tus compatriotas, sé libre, y vé á decir á los tuyos que la Rusia no ha tenido mas que un traidor, y que ya ha sido castigado.»

Los otros malhechores puestos en libertad reciben con su gracia las instrucciones para proceder al incendio cuando el momento sea llegado. Rostopschino sale el último de Moscou como un capitán de navío sale el último de bordo en un naufragio.

Napoleon habia alcanzado á su vanguardia: una altura quedaba por salvar, altura que tocaba á Moscou del mismo modo que Montmartre toca á París, y que se llamaba el Monte de la salvacion, porque los rusos oraban allí, á la vista de la ciudad santa, como los peregrinos al distinguir á Jerusalem. Moscou con sus cúpulas doradas, dicen los poetas eslavos, resplandecía á la luz del sol con sus doscientas noventa y cinco iglesias, sus mil quinientos palacios, sus casas cinceladas y pintadas de amarillo, verde ó rosa; solo faltaban allí los cipreses y el Bósforo. El Kremlin hacia parte de esta masa cubierta de hierro bruñido ó pintado. En medio de elegantes casas de campo de ladrillo ó de mármol, el Moscou corria entre montes adornados de bosques de pinos, palmeras de este cielo. Venecia, en los dias de su gloria, no fue mas brillante en las orillas del Adriático. El 14 de setiembre, á las dos de la tarde, fue cuando Bonaparte, con un sol adornado de los diamantes del polo, distinguió su nueva conquista. Moscou, como una princesa europea en los confines de su imperio, adornada con todas las riquezas del Austria, parecia llevada allí para desposarse con Napoleon.

Levántase una aclamacion unánime.—«¡Moscou, Moscou!» exclaman nuestros soldados, y baten pal-

mas: en los tiempos de la antigua gloria, gritaban en los reveses ó en la prosperidad ¡viva el rey! «Fue un hermoso momento, dice el teniente coronel Bandus, aquel en que el magnífico panorama presentado por el conjunto de esta ciudad inmensa se ofreció de repente á mis miradas. Siempre me acordaré de la emocion que se manifestó en las filas de la division polaca, y me llamó tanto mas la atencion, cuanto que se puso de manifiesto por medio de un movimiento impregnado de una idea religiosa. Al distinguir á Moscou, los regimientos enteros se hincaron de rodillas, y dieron gracias al Dios de los ejércitos por haberlos conducido por la victoria á la capital de su enemigo mas encarnizado.»

Las aclamaciones cesan, y bajan mudos hácia la ciudad: ninguna diputacion sale por sus puertas para presentar las llaves en una bandeja de plata, el movimiento de la vida estaba suspendido en la gran ciudad. Moscou vacilaba silenciosa ante el extranjero, y tres dias despues habia desaparecido. La circasiana del Norte, la bella desposada, se habia tendido sobre su fúnebre pira.

Cuando aun está de pié la ciudad, exclama Napoleon dirigiéndose á ella:—«¡Héla allí, esa ciudad famosa!» y la contempla: Moscou abandonada, se parecia á la ciudad llorada en *Las Lamentaciones*. Ya Eugenio y Poniatowski han penetrado en las murallas, y algunos oficiales que han andado por la ciudad vuelven y dicen á Napoleon:—«¡Moscou está desierta!—¿Moscou desierta? ¡Eso es inverosímil! Que me traigan los boyardos.» No hay boyardos, sino algunos pobres que se ocultan, calles abandonadas, ventanas cerradas, y ni el mas ligero humo sale por los cañones de las chimeneas, por donde pronto saldrán torrentes de él. Ni el mas ligero rumor se advierte. Bonaparte se encoge de hombros.

Habiéndose adelantado Murat hasta el Kremlin, es recibido allí por los ahullidos de los presos puestos en libertad para librar á su patria. Fue preciso echar abajo las puertas á cañonazos.

Napoleon se habia dirigido á la puerta de Dorogomilow, y deteniéndose en una de las primeras casas del arrabal, hizo una correría á orillas del Moskowa, donde no encontró á nadie, y volvió á su alojamiento para nombrar al mariscal Mortier gobernador de Moscou, al general Durosnet comandante de la plaza, y á Mr. de Lesseps encargado de la administracion en calidad de intendente. La guardia imperial y las tropas estaban de toda gala para presentarse ante un pueblo ausente. Pronto supo Bonaparte que la ciudad estaba amenazada de algun suceso: á las dos de la mañana vienen á decirle que comienza el fuego, y el vencedor sale del arrabal de Dorogomilow, y corre á guarecerse al Kremlin: esto era la mañana del 15. Bonaparte experimentó un momento de alegría al penetrar en el palacio de Pedro el Grande: su orgullo satisfecho escribió algunas palabras á Alejandro á la reverberacion del bazar, que comenzaba á arder, como en otro tiempo Alejandro, vencido, le escribió un billete desde el campo de Austerlitz.

Veianse en el bazar largas filas de tiendas todas cerradas. Al principio se contiene el incendio; pero la segunda noche estalla por todas partes, y los globos lanzados por los artificios revientan y caen en copos luminosos sobre los palacios y las iglesias. Una brisa violenta empuja las chispas y lanza las mechas encendidas sobre el Kremlin, que encerraba un almacén de pólvora y un parque de artillería que habian dejado al pié mismo de las ventanas de Bonaparte. De barrio en barrio son arrojados nuestros soldados por los esfluvios del volcan. Gorgonas y Medusas con la antorcha en la mano, recorren las encrucijadas lividas de este infierno, y otras van atizando el fuego con increíble furia. Bonaparte, en los salones de la nueva Pérgamo, se precipita á las ventanas y exclama:

ma:—«¡Qué resolución tan extraordinaria! ¡Qué hombres! ¡Son Escitas!»

Espárcese el rumor de que el Kremlin está minado: todo comienza á abrasarse, y la torre del Arsenal como un enorme cirio, arde en medio de un santuario incendiado. El Kremlin no es ya mas que una isla negra, contra la cual se estrella un mar ondulado de fuego. Reflejando el cielo la iluminacion, se ve como atravesado por las claridades movibles de una aurora boreal.

Caía la tercera noche, y apenas se respiraba en medio de un vapor sofocante: dos veces han fijado mechas encendidas en el edificio que ocupaba Napoleon. ¿Cómo huir? Las llamas bloquean las puertas de la ciudadela, y rebuscando por todas partes, se descubre una poterna que daba sobre el Moskowa. El vencedor con su guardia huye por este agujero de salvacion. En reñedor suyo en la ciudad, las bóvedas se hien den mugiendo, y los campanarios de donde corren torrentes de metal liquido, se inclinan, se desprenden de su base, y caen. Todo cruje, se parte en astillas y se derrumba, se abisma en un Phlegéon cuyo cristal ardiente hace resaltar en millones de chispas de oro. Bonaparte escapa, marchando sobre los carbones ya frios de un barrio reducido á cenizas, y llega á Petrowsky, ciudad del czar.

Criticando el general Gourgaud la obra de Mr. de Segur, acusa al oficial de órdenes del emperador de haberse equivocado: en efecto, está probado, por la redaccion de Mr. de Bandus, ayudante de campo del mariscal Bessieres, y que él mismo sirvió de guia á Napoleon, que este no se evadió por una poterna, sino que salió por la puerta principal de Kremlin. Desde la orilla de Santa Elena volvia á ver Napoleon quemarse la ciudad de los Escitas:—«Jamás, dijo, y á despecho de la poesía, todas las ficciones del incendio de Troya igualarían la realidad del de Moscou.»

Recordando anteriormente esta catástrofe, escribe Bonaparte:—«Mi ángel malo se me apareció, y anunció mi fin, que he encontrado en la isla de Elba.» Kutuzoff se dirigió primero en su camino hácia el Oriente, y luego torció al Mediodía. Su marcha de noche iba medio alumbrada por el incendio lejano de Moscou, del cual salia un zumbido prolongado y fúgubre: hubiérase dicho que una campana, á la cual jamás se hubiera podido subir á causa de su enorme peso, habia sido suspendida mágicamente en lo alto de un campanario incendiado para tocar á muerto. Kutuzoff llegó á Voronow, posesion del conde Rostopschino, y apenas habia distinguido la soberbia morada, se sumerge en el torrente de nueva conflagracion. Sobre la puerta de hierro de una iglesia se leía este escrito: *Scritta morta*, de mano del propietario: «Por espacio de ocho años he embellecido esta campiña, y en ella he vivido feliz en el seno de mi familia; los habitantes de esta tierra, en número de mil setecientos veinte, la abandonan á vuestra aproximacion, y yo pongo fuego á mi casa para que no sea manchada con vuestra presencia. Franceses, os he abandonado mis dos casas de Moscou, con un mobiliario de millon y medio de rubios: aquí solo encontrareis cenizas.—ROSTOPSCHINO.»

Bonaparte habia admirado en el primer momento los fuegos y los Escitas, como un espectáculo presentado á su imaginacion; pero pronto le enfrió el mal que causaba esta catástrofe, y le hizo volver á sus imperiosas diatribas. Al enviar la carta de Rostopschino á Francia, añade:—«Parece que Rostopschino está loco, y los rusos le miran como una especie de Marat.» Quien no comprenda la grandeza en los otros, no comprenderá la suya cuando sea llegado el tiempo de los sacrificios.

Alejandro habia sabido sin abatimiento su adversidad.—«¡Retrocederemos nosotros, escribia en sus instituciones circulares, cuando la Europa nos alien-

ta con sus miradas? Sirvámosla de ejemplo, y saludemos la mano que nos escoge para ser la primera de las naciones en la causa de la virtud y de la libertad.» Seguia una invocacion al Altísimo.

Un estilo en el que se encuentran las palabras de Dios, de virtud, de libertad, es poderoso, y agrada á los hombres, los tranquiliza y consuela. ¡Cuán superior es á esas frases afectadas, tristemente robadas, de las locuciones paganas y fatalizadas á lo turco: fue, han sido, la fatalidad los arrastra!... Fraseología estéril, siempre vana, aun cuando esté apoyada en las mas grandes acciones.

Salió Napoleon de Moscou en la noche del 15 de setiembre y volvió el 18. Al volver habia encontrado hogueras encendidas sobre el fango, y alimentadas con ricos muebles y artesonados dorados. En reñedor de ellas, al aire libre, estaban militares ennegrecidos, derrotados, haraposos, tendidos sobre canapés de seda, ó sentados en sillones de terciopelo, sirviéndoles de alfombra sobre el lodo chalets de cachemira, pieles de Siberia, tejidos de oro de Persia, y comiendo en platos de plata una pasta negra ó la carne sanguinolenta del caballo.

Habiendo comenzado un pillaje irregular, se le regularizó; cada regimiento tuvo su turno. Campesinos, echados de sus barracas, y cosacos desertores del enemigo, rodaban alrededor de los franceses, y se alimentaban de lo que nuestras compañías habian ya rído. Llevábanse todo lo que podian coger, pero pronto, sobrecargados con estos despojos, los arrojaban al acordarse que estaban á seiscientos leguas de sus hogares.

Las correrías que se efectuaban en busca de víveres producian escenas patéticas: una compañía francesa llevaba una vaca y una mujer, acompañada de un hombre que llevaba en sus brazos un niño de algunos meses, se adelantó y señaló con el dedo la vaca que acababan de robarle. La madre desgarró los miserables vestidos que cubrian su pecho para demostrar que ya no tenia leche, y el padre hizo un movimiento, como si hubiera querido estrellar la cabeza del niño contra una piedra. El oficial hizo devolver la vaca, y añade: «El efecto que esta escena produjo en mis soldados fue tal, que por mucho tiempo no se pronunció una sola palabra en las filas.»

Bonaparte habia cambiado de sueño, y declaraba que queria marchar sobre San Petersburgo: ya trazaba el camino sobre sus mapas, y explicaba la excelencia de un nuevo plan y la certidumbre de entrar en la segunda capital del imperio.—«¿Qué tiene que hacer ya en estas ruinas? ¿No basta á su gloria haber subido al Kremlin?» Tales eran las nuevas quimeras de Napoleon: el hombre tocaba á la locura, pero sus sueños eran aun los de un espíritu insensato.

«Solo distamos quince marchas de San Petersburgo, dice Mr. Fain; Napoleon piensa caer sobre esta capital.» En vez de quince marchas, en esta época, y en semejantes circunstancias, es preciso decir dos meses. El general Gourgaud añade que todas las noticias que se recibían de San Petersburgo anunciaban el miedo que se tenia al movimiento de Napoleon. Es cierto que en San Petersburgo no se dudaba del triunfo del emperador si se presentaba; pero tambien se preparaba á dejarle un segundo amazon de ciudad, y se disponían á la retirada sobre Archangel. No se somete una nacion, cuya última fortaleza es el polo. Por otra parte, penetrando en el Báltico las escuadras inglesas, en la primera habrian reducido la toma de San Petersburgo á una simple destruccion.

Pero en tanto que la imaginacion sin freno de Bonaparte jugaba con la idea de un viaje á San Petersburgo, se ocupaba seriamente de la idea contraria; su fe en su esperanza no era tal que le quitase todo

buen sentido. Su proyecto dominante era llevar á París una paz firmada en Moscou. De este modo se desembarazaba de los peligros de la retirada, habria llevado á cabo una brillante conquista, y entraria en las Tullerías con el ramo de oliva en la mano. Después del primer billete que habia escrito á Alejandro al llegar al Kremlin, no habia desperdiciado ninguna ocasion de renovar sus insinuaciones. En una conversacion benévola con un oficial general ruso, Mr. de Toutelmine, subdirector del hospicio de expósitos de Moscou, hospicio salvado milagrosamente del incendio, deslizó palabras favorables á un acomodo. Por medio de Mr. Jacowlef, hermano del antiguo ministro ruso en Stuttgart, escribió directamente á Alejandro, tomando aquel el compromiso de entregar la carta al czar sin intermediario. En fin, el general Lauriston fue enviado á Kutuzoff, que prometió sus buenos oficios para una negociacion pacífica, pero rehusó al general Lauriston entregarle un salvo-conducto para San Petersburgo.

Napoleon estaba persuadido siempre de que ejercia sobre Alejandro el imperio que habia ejercido en Tilsit y en Erfurt, y sin embargo, Alejandro escribia el 21 de octubre al príncipe Miguel Larcanowitz: «He sabido con extremado descontento que el general Benigsen ha tenido una entrevista con el rey de Nápoles.

..... Todas las determinaciones de las órdenes que os son dirigidas por mí deben convencerlos de que mi resolución es inalterable, y que en este momento ninguna proposicion del enemigo podria determinar á concluir la guerra y á debilitar de este modo el deber sagrado de vengar la patria.»

Los generales rusos abusaban del amor propio y sencillez de Murat, comandante de la vanguardia: siempre encantado de la aficion de los cosacos, pedia prestados diges á sus oficiales para hacer presentes á sus cortesanos del Don; pero los generales rusos, lejos de desear la paz, la temian. A pesar de la resolución de Alejandro, conocian la debilidad de su emperador, y temian la seducción del nuestro; para la venganza, solo se trataba de ganar un mes, y esperar los primeros hielos: los votos de la cristiandad moscovita pedian al cielo que apresurase sus tempestades.

El general Wilson, en calidad de comisario inglés en el ejército ruso, habia llegado despues de haberse encontrado ya en Egipto, en el camino de Bonaparte. Fabvier, por su parte, habia vuelto de nuestro ejército del Mediodía al del Norte, y el inglés excitaba á Kutuzoff al ataque, sabiéndose que no eran buenas las noticias llevadas por Fabvier. Desde los dos extremos de Europa, los dos únicos pueblos que combatian por su libertad, se daban la mano por encima de la cabeza del vencedor en Moscou. La respuesta de Alejandro no llegaba; las estafetas de Francia se retardaron; la inquietud de Napoleon se aumentaba, y los paisanos decian á nuestros soldados:—«Vosotros no conocéis nuestro clima; en un mes el frio hará que se os caigan las uñas.» Milton, cuyo gran nombre lo engrandece todo, se expresa así cándidamente en su *Moscovia*: «Hace tanto frio en este país, que la savia de las ramas puestas al fuego se hiela al salir por el extremo opuesto á aquel que arde.»

Conociendo Bonaparte que un paso retrógrado dissipaba el prestigio y hacia desvanecer el terror de su nombre, no podia resolverse á bajar; á pesar de la advertencia del próximo peligro, se quedaba esperando de minuto en minuto respuestas de San Petersburgo. El que habia mandado con tantos ultrajes, suspiraba despues por algunas palabras misericordiosas del vencido. En el Kremlin se ocupó de un reglamento para la comedia francesa, y empleó tres noches en concluir esta magestuosa obra; discutió con

sus ayudantes de campo el mérito de algunos versos nuevos llegados de París, y en rededor suyo se admiraba la sangre fria del grande hombre, mientras que aun habia heridos de sus últimos combates, espirando con dolores atroces, y que por esta tardanza de algunos dias, sacrificaba á la muerte los cien mil hombres que todavia le quedaban. La servil estupidez del siglo pretendia hacer pasar esta lastimosa afectacion por la concepcion de un espíritu inconmensurable.

Bonaparte visitó los edificios del Kremlin. Bajó y subió la escalera sobre la cual hizo degollar Pedro el Grande á los Strelitz; recorrió la sala de los festines donde Pedro se hacia llevar prisioneros cuyas cabezas derribaba, proponiendo á sus convidados, príncipes y embajadores, que se divirtiesen de la misma manera. Entonces fueron enrodados algunos hombres y enteradas vivas algunas mujeres, ahorcáronse dos mil Strelitz, cuyos cuerpos quedaron colgados alrededor de la muralla.

En vez del reglamento sobre los teatros, Bonaparte hubiera hecho mejor en escribir al senado conservador la carta que desde las orillas del Bruth escribia Pedro al senado de Moscou: «Os anuncio que engañado por falsos avisos, y sin que sea por culpa mia, me encuentro aquí encerrado en mi campo por un ejército cuatro veces mas fuerte que el mio. Si acontece que me hagan prisionero, ya no teneis que considerarme como vuestro czar y señor, ni hacer caso de ninguna orden que pudieran llevaros de parte mia, aun cuando reconocieseis en ella mi propia mano. Si debo morir, elegireis por sucesor al mas digno de entre vosotros.»

Un billete de Napoleon, dirigido á Cambaceres, contenia órdenes ininteligibles.

Deliberóse, y aunque la firma del billete contenia un nombre antiguo, habiéndose reconocido la letra por la de Bonaparte, se declaró que las órdenes ininteligibles debian ser ejecutadas.

El Kremlin contenia un doble trono para dos hermanos. Napoleon no participaba del suyo. Aun se veia en las salas la parihuela rota de un cañonazo, sobre la cual se hacia conducir Carlos XII herido en la batalla de Pultava. Siempre vencido en el orden de los instintos magnánimos, al visitar Bonaparte los sepulcros de los Czares, ¿recordó que en los dias de fiesta eran cubiertos con paños mortuorios soberbios; que cuando algun súbdito tenia alguna gracia que solicitar, ponía su memorial sobre uno de estos sepulcros, y que solo el Czar tenia el derecho de tomarlo de allí?

Estas quejas del infortunio, presentadas por la muerte al poder, no eran del gusto de Napoleon, que se ocupaba de otros cuidados. Mitad por deseo de engañar, mitad por naturaleza, pretendia, como al salir de Egipto, hacer venir comediantes de París á Moscou, y aseguraba que iba á llegar un cantante de Italia. Despojó las iglesias del Kremlin; cargó en sus acémilas ornamentos sagrados é imágenes de santos, con las medias lunas y las colas de caballos conquistadas á los mahometanos. Llevóse la inmensa cruz de la torre del gran Yoan con el proyecto de colocarla sobre la cúpula de los Inválidos. Mientras que la arrancaban de su sitio, volaban alrededor algunas cornejas, y Napoleon decia:—«¿Qué me quieren estos pájaros?»

Tocábase al momento fatal: Daru presentaba objeciones contra diversos proyectos que exponia Napoleon:—«¿Pues qué partido tomar! exclamó el emperador.—Permanecer aquí; hacer de Moscou un gran campo retrincherado; salvar los caballos que no podremos alimentar, y esperar la primavera; nuestros refuerzos y la Lituania armada vendrán á libertarnos y á terminar la conquista.—Ese es un consejo de Leon, replicó Bonaparte; ¿pero qué diría París? La Fran-

cia no se acostumbraría á mi ausencia.—¿Qué se dice de mí en Atenas? preguntaba Alejandro.»

Caen entonces en incertidumbres: ¿marchará? ¿Se quedará? No lo sabe. Sucédense algunas deliberaciones, y al fin un combate empeñado en Winkovo el 18 de octubre le determina súbitamente á salir de los restos de Moscou con su ejército: este mismo dia, sin aparato, sin ruido, sin volver la cabeza, y queriendo evitar la ruta directa de Smolensk, se encamina por uno de los dos caminos de Kalonga.

Durante este tiempo se inclinaba el astro de su destino. Al fin despierta estrechado entre el invierno y una capital incendiada, y se desliza fuera de aquellos escorbros: ya era demasiado tarde, y cien mil hombres estaban condenados. El mariscal Mortier, comandante de la retaguardia, tiene orden de hacer saltar el Kremlin al retirarse (1).

## RETIRARA.

Engañándose Bonaparte ó queriendo engañar á los otros, escribió el 18 de octubre al duque de Basano una carta, que refiere Mr. Fain: «Para las primeras semanas de noviembre, decia, habré conducido mis tropas al cuadrado que existe entre Smolensk, Mohilow, Minsk y Witepsk. Me decido á este movimiento, porque Moscou no es ya una posicion militar, y voy á buscar otra mas favorable para el principio de mi campaña próxima. Las operaciones tendrán que dirigirse entonces sobre Petersburgo y sobre Kiow.» Miserable desvergüenza, si solo se trataba del refugio pasajero de una mentira; pero en Bonaparte, una idea de conquista, á pesar de la evidencia contraria de la razon, podia ser siempre una idea de buena fe.

Marchábase sobre Malojarslawetz, y á causa del embarazo de los bagajes y de los carros mal dispuestos de la artillería, el dia tercero de marcha aun se estaba á diez leguas de Moscou. Teniase la intencion de adelantar á Kutuzoff, y en efecto llegó á conseguirlo en Fominskoi la vanguardia del príncipe Eugenio. Aun quedaban cien mil hombres de infantería al principio de la retirada; la caballería era casi nula, excepto tres mil y quinientos ginetes de la Guardia. Habiendo alcanzado nuestras tropas el nuevo camino de Kalonga el dia 21, entraron el 22 en Berowsk, y el 23 ocupó á Malojarslawetz la division Delzors. Napoleon estaba muy contento, y se creia salvado.

La tierra tembló el 23 de octubre á la una y media de la mañana: ciento ochenta y tres mil libras de pólvora, colocadas bajo las bóvedas del Kremlin, derribaron el palacio de los czares. Mortier, que hizo saltar el Kremlin, estaba reservado á la máquina infernal de Fieschi. ¿Qué de mundos pasados entre estas dos explosiones, tan diferentes por los tiempos y por los hombres!

Despues de este sordo mugido, se percibió un fuerte cañoneo al través del silencio en la direccion de Malojarslawetz: tanto como Napoleon habia deseado oír este ruido al entrar en Rusia, tanto temia distinguirlo al salir. Un ayudante de campo del virey anunció un ataque general de los rusos, y por la noche los generales Compans y Gerard llegaron en auxilio del príncipe Eugenio. Muchos hombres murieron por ambas partes; el enemigo consiguió ponerse

(1) Acaban de imprimirse en San Petersburgo los papeles de esta campaña encontrados en el gabinete de Alejandro despues de su muerte. Estos documentos daran mucha luz á esta parte de nuestra historia. Bueno será leer con precaucion las relaciones del enemigo, y sin embargo con menos desconfianza que los documentos oficiales de Bonaparte. Es imposible figurarse hasta qué punto alteró este la realidad: sus propias victorias se transformaban en novela en su imaginacion. Pero al cabo de estas relaciones fantasmagóricas, queda esta verdad: que Bonaparte, por una razon ó por otra, era dueña del mundo. (Paris, nota de 1841.)

á caballo en el camino de Kalonga, y cerraba así la entrada de la ruta intacta que se habia esperado seguir. No quedaba otro recurso que volver á caer en el camino de Mojoisk y entrar en Smolensk por los antiguos senderos de nuestras desgracias; aun se podia hacer esto, pues los pájaros del cielo no habian concluido de comerse todavia lo que nosotros habiamos sembrado para no perder las huellas.

Napoleon se alojó esta noche en Gorodnia, en una pobre casa, donde los oficiales, agregados á los diversos generales, no pudieron ponerse á cubierto. Reunieron al pié de la ventana de Bonaparte, que no tenia puertas ni cortinas, y por la cual se veia salir una luz. Mientras que los oficiales estaban en la mayor oscuridad por la parte de afuera, Napoleon estaba sentado en su miserable cuarto, con la cabeza apoyada sobre las dos manos: Murat, Berthier y Bessieres estaban en pié á su lado, silenciosos é inmóviles. No dió ninguna orden, y montó á caballo en la mañana del 25 para examinar la posicion del ejército ruso.

Apenas habia salido, cuando rodó hacia sus piés un peloton de cosacos. La viviente avalancha habia atravesado el Luja y ocultádose á la vista en las laderas de los bosques. Todo el mundo echó mano á la espada, y el emperador tambien; y si estos merodeadores hubieran tenido mas audacia, Napoleon quedaba prisionero. Las calles de Malojarslawetz, que habia sido incendiado, estaban llenas de cuerpos partidos á medias y mutilados por las ruedas de la artillería que habia pasado sobre ellos. Para continuar el movimiento sobre Kalonga, hubiera sido preciso dar una segunda batalla; pero el emperador no lo juzgó conveniente. Sobre este punto ha surgido una discusion entre los partidarios de Bonaparte y los amigos de los mariscales. ¿Quién dió el consejo de volver á tomar el primer camino recorrido por los franceses? Evidentemente fue Napoleon: nada le costaba pronunciar una gran sentencia fúnebre, pues estaba acostumbrado á ello.

De vuelta á Borowsk el 26, la mañana siguiente, cerca de Wercia, fueron presentados al jefe de nuestros ejércitos el general Vitzingerode y un ayudante de campo, el conde Nariskin, que se habian dejado sorprender entrando demasiado pronto en Moscou. Napoleon se arrebató, y exclama fuera de sí:—«¿Que fusilen ese general! Es un desertor del reino de Wurtemberg, y pertenece á la Confederacion del Rhin.» Deshácese en invectivas contra la nobleza rusa, y termina con estas palabras:—«Yo iré á San Petersburgo, y arrojaré esta ciudad en el Newa.» y súbitamente manda quemar un castillo que se distinguia sobre una altura: el leon herido acometia espumante á cuanto le rodeaba.

Sin embargo, en medio de estas cóleras dementes, cuando intimaba á Mortier el orden de destruir el Kremlin, se conformaba al mismo tiempo á su doble naturaleza. Escribia al duque de Treviso frases de sensibilidad, y pensando que sus misivas serian conocidas, le encargaba con un cuidado enteramente paternal que salvase los hospitales, «pues así, añadia, lo hice yo en San Juan de Acre.» Pero en Palestina hizo fusilar á los prisioneros turcos, y sin la oposicion de Desgenettes hubiera envenenado á sus enfermos! Berthier y Murat salvaron al príncipe Vitzingerode.

Entre tanto nos perseguia Kutuzoff flojamente. Wilson apremiaba al general ruso para que obrase, y el general respondia:—«Dejad que venga la nieve.» Llegó el 29 de setiembre á las fatales colinas del Moskowa, y un grito de dolor y de sorpresa se escapa de nuestro ejército. Presentáanse inmensas carnicerías, ofreciendo á la vista cuarenta mil cadáveres diversamente consumidos. Grandes filas de esqueletos alineados parecian guardar aun la discipli-

na militar, y algunos de ellos, en una línea mas avanzada, ó colocados sobre las alturas, indicaban los que habian sido capitanes ó gefes. Por todas partes se veían armas rotas, tambores destrozados, pedazos de coraza y de uniformes, y estandartes desgarrados y dispersos entre troncos de árboles cortados á algunos piés del suelo por las balas: aquello era el gran reducto del Moskowa.

En medio de esta destruccion inmóvil se apercibe una cosa en movimiento: un soldado francés, privado de sus dos piernas, se abría paso por entre aquellos cementerios que parecían haber vomitado sus entrañas. El vientre de un caballo, vaciado por una bomba, habia servido de garita á este soldado, donde vivió royendo su vivienda de carne. Servíase de yesca para fajar sus huesos, y de la carne putrefacta de los muertos que estaban al alcance de su mano para curar sus llagas. El espantable remordimiento de la gloria se arrastraba hácia Napoleon, pero Napoleon no lo esperó.

El silencio de los soldados era profundo, pues el frío, el hambre y el enemigo les hacia pensar en que pronto serian semejantes á los compañeros cuyos restos veían. Solo se oía la respiracion agitada y el ruido del estremecimiento involuntario de los batallones que se retiraban.

Mas lejos se encontró la abadía de Kotloski, transformada en hospital: todos los recursos faltaban allí, y aun quedaba bastante vida para sentir la muerte.

Cuando llegó Bonaparte, se calentó con la madera de sus carros destrozados; y cuando el ejército volvió á ponerse en marcha, los agonizantes se levantaron, llegaron hasta el umbral de su último asilo, y tendieron á los camaradas que les abandonaban, sus manos desfallecidas.

A cada instante resonaba la detonacion de los cañones de víveres que se veían obligados á abandonar. Las vivanderos arrojaban á los enfermos en los fosos, y los prisioneros rusos, que eran escoltados por extranjeros al servicio de la Francia, fueron despachados por sus guardias y asesinados de una manera uniforme. Bonaparte habia llevado la Europa consigo: todas las lenguas se hablaban en su ejército, todas las escarapelas, todas las banderas se veían en él. El italiano, obligado al combate, se habia batido como un francés; el español habia sostenido su fama de bravura. Nápoles y la Andalucía no habian sido para ellos mas que un dulce sueño. Hase dicho que Bonaparte no fue vencido sino por la Europa entera, y esto es justo; pero se olvida que Bonaparte no habia vencido sino con el auxilio de la Europa, de grado ó por fuerza, su aliada.

La Rusia resistió sola á la Europa guiada por Napoleon; la Francia, ya sola y defendida por Napoleon cayó bajo la Europa; pero es preciso decir que la Rusia estaba defendida por su clima, y que la Europa no obedecía sino con trabajo á su señor. La Francia, por el contrario, no estaba preservada ni por su clima ni por su poblacion diezmada: solo tenia su valor y el recuerdo de su gloria.

Indiferente á las miserias de sus soldados, Bonaparte solo cuidaba de sus intereses; cuando acampaba, rodaba su conversacion sobre ministros vendidos, decia, á los ingleses, los cuales ministros eran los fomentadores de esta guerra, no queriendo confesar que esta guerra provenia únicamente de él. El duque de Vicence, que se obstinaba en rescatar una desgracia por su noble conducta, exclamaba en medio de la adulacion: — «¡Qué atroces crueldades! ¡Hé aquí la civilizacion que traemos á la Rusia!» A los increíbles dichos de Bonaparte hacia un gesto de cólera y de incredulidad, y se retiraba. El hombre á quien ponía furioso la menor contradiccion sufría las durezas de Caulaincourt en expiacion de la carta que en otro tiempo le habia encargado de llevar á Ette-

nheim. Cuando se ha cometido una cosa reprochable, el cielo en pena hace que tengamos testigos; en vano los hacian desaparecer los antiguos tiranos, pues al bajar á los infiernos estos testigos entraban en el cuerpo de las furias, y volvian.

Habiendo atravesado Napoleon á Gjatsk, llegó hasta Wiasma, y pasó adelante por no encontrar al enemigo que temia hallar allí: el 3 de noviembre llegó á Slawskowo, donde supo que se habia trabado un combate detrás de sí, en Wiasma; este combate contra las tropas de Miloradowitch nos fue fatal, y nuestros soldados y oficiales heridos, con los brazos y la cabeza vendada, se arrojaban sobre los cañones enemigos por un milagro de valor.

Esta sucesion de combates en los mismos lugares; estas capas de muertos añadidas á capas de muertos; estas batallas sobre batallas, hubieran inmortalizado dos veces aquellos campos funestos, si el olvido no pasase rápidamente sobre nuestro polvo: ¿Quién piensa en aquellos campesinos abandonados en Rusia? ¿Aquellos rústicos están contentos de haberse hallado en la gran batalla al pié de los muros de Moscow? Tal vez yo únicamente, en las tardes de otoño, al volver en lo alto del cielo los pájaros del Norte, recuerdo que han visto la tumba de nuestros compatriotas. Compañías industriales se han transportado al desierto con sus hornillos y calderas, y los esqueletos han sido convertidos en negro de hueso: que este provenga del perro ó del hombre, el barniz es del mismo precio, y no es menos brillante porque se haya sacado de la oscuridad ó de la gloria. ¡Hé aquí el caso que hoy hacemos de los muertos! ¡Hé aquí los ritos sagrados de la nueva religion! *Duis Manibus*. Felices compañeros de Carlos XII, vosotros no habeis sido visitados por estas hienas sacrílegas! Durante el invierno, el arriño frecuenta las nieves virginales, y durante el verano los musgos floridos de Pultava.

El 6 de noviembre descendió el termómetro á diez y ocho grados bajo cero, y todo desapareció bajo la blancura universal. Los soldados, sin calzado, sintieron que se amortiguaban sus piés; sus dedos amortiguados y tiesos dejaban escapar el fusil, y sus barbas y cabellos se erizaban con su aliento congelado: al fin caen, la nieve los cubre, y van formando en el suelo pequeños surcos de tumbas. Ignórase cuál es el curso de los ríos, y se ven obligados á romper el hielo para saber á qué Oriente deben dirigirse. Extraviados en la extension, los diferentes cuerpos hacen fuego por batallones para llamarse y conocerse, del mismo modo que los buques en peligro disparan el cañonazo de socorro. Los pinos, cambiados en cristales inmóviles, se alzan acá y allá con sus copas de pompa fúnebre, y cuervos y trahillas de perros blancos sin dueño siguen á distancia esta retirada de cadáveres.

Después de las marchas, era duro verse obligado á rodearse de precauciones, poner centinelas, ocupar puestos y colocar grandes guardias. En noches de diez y seis horas, soplando las ráfagas del Norte, no se sabia dónde sentarse ni acostarse; los árboles que se cortaban rehusaban inflamarse, y apenas se conseguía derretir una poca de nieve para desleír en ella una cucharada de harina. Apenas se habian tendido sobre el suelo desnudo, cuando hacian resonar el bosque los ahullidos de los cosacos, y zumbaba la artillería volante de nuestros enemigos: el ayuno de nuestros soldados era saludado como el festin de los reyes cuando se sientan á la mesa, y las balas rodaban sus panes de hierro en medio de los hambrientos convidados. Al alba, á quien no seguía la aurora, se oía el redoble de un tambor envuelto en hielo ó el sonido ronco de una trompeta: nada tan triste como esta diana fúnebre, llamando á las armas á guerreros á quienes no despertaba. Avanzando el dia, iluminaba cercos de soldados tiesos y muertos en derredor de las hogueras espirantes.

Algunos vivos se levantaban y partian hácia horizontes desconocidos, que retrocediendo siempre, se desvanecian á cada paso en la bruma. Bajo un cielo blanquizo y como cansado de las tempestades de la vispera, nuestras filas diezgadas atravesaban llanuras después de llanuras, bosques seguidos de bosques, y en los cuales el Océano parecia haber dejado pegada su espuma en las ramas de los árboles. Ni aun siquiera se encontraba en estos bosques aquel triste y pequeño pajarillo de invierno que canta, como yo, entre los arbustos deshojados.

Los grandes ejércitos rusos seguían al nuestro: este iba repartido en muchas divisiones, que se subdividían en columnas: el príncipe Eugenio mandaba la vanguardia, Napoleon el centro y el mariscal Ney la retaguardia. Retardados por diversos obstáculos y combates, estos cuerpos no conservaban su exacta distancia, y unas veces se adelantaban los unos á los otros; otras marchaban en línea horizontal, y muchas sin verse y sin comunicarse por falta de caballería. Algunos naturales, montados sobre pequeños caballos cuyas crines barrian el suelo, no dejaban descanso, ni dia ni noche á nuestros soldados embarazados entre la nieve. El paisaje habia cambiado: donde antes se habia visto un riachuelo, ahora se encuentra un torrente suspendido en sus orillas escarpadas por cadenas de hielo. «En una sola noche, dice Bonaparte (papeles de Santa Elena), se perdieron treinta mil caballos y fue preciso abandonar casi toda la artillería, fuerte entonces de quinientas bocas de fuego. Faltos de caballería, no podíamos hacer reconocimientos ni enviar una avanzada de caballería para explorar el camino. Los soldados perdían el valor y la razon, y caian en la confusion. Cuatro ó cinco hombres bastaban para introducir el terror en un batallon entero. En vez de estar reunidos, erraban separados en busca de fuego, y los que eran enviados de exploradores, abandonaban sus puestos y corrían en busca de los medios para calentarse en las casas. Desbandados así y alejándose por todas partes, fácilmente caian presa del enemigo. Otros se acostaban en el suelo, se dormían, arrojaban una poca de sangre por las narices, y se morían durmiendo. Millares de soldados perecieron. Los polacos salvaron algunos de sus caballos y una poca de su artillería; pero los franceses y los soldados de las otras naciones no eran los mismos hombres. La caballería sufrió mucho sobre todo. De cuarenta mil hombres, no creo que hayan escapado tres mil.»

Y vos que contáis esto bajo el hermoso cielo de otro hemisferio, ¿no eraís mas que el testigo de tantos males?

El mismo dia (6 de noviembre) en que el termómetro bajó tanto, llegó de Francia la primera estafeta que se habia visto hacia mucho tiempo, la cual llevaba la mala noticia de la conspiracion de Mallet. Esta conspiracion tuvo algo de prodigioso de la estrella de Napoleon. Según la relacion del general Gourgaud, lo que mas impresion hizo sobre el emperador fue la prueba demasiado evidente de que los principios monárquicos, en su aplicacion á su monarquía habian echado raíces tan poco profundas, que grandes funcionarios, á la noticia de la muerte del emperador, olvidaron que, habiendo muerto el soberano, otro estaba allí para sucederle.»

Bonaparte en Santa Elena (*Memorial de las Casas*) cuenta que habia dicho en su corte de las Tullerías, hablando de la conspiracion de Mallet: — «¡Y bien, señores! Pretendiais haber acabado vuestra revolucion: me creiais muerto; ¿pero y el rey de Roma, y vuestros juramentos, y vuestros principios y doctrinas? ¡Me haceis estremecer por el porvenir!» Bonaparte razonaba lógicamente, pues se trataba de su dinastía: ¿habria encontrado el razonamiento tan justo si se hubiese tratado de la raza de San Luis?

Bonaparte supo el accidente de París en medio de

un desierto, entre los restos de un ejército casi destruido, cuya sangre bebía la nieve: los derechos de Napoleon, fundados en la fuerza, se anonadaban en Rusia con su fuerza, mientras que habia bastado un solo hombre para ponerlos en duda en la capital: fuera de la religion, de la justicia y de la libertad, no hay derechos.

Casi al mismo tiempo que Napoleon sabia lo ocurrido en París, recibía una carta del mariscal Ney. Esta carta le daba parte de «que los mejores soldados se preguntaban: — ¿Por qué tenían que combatir ellos solos para asegurar la fuga de los otros; por qué el águila no protegía ya y mataba; por qué era preciso sucumbir por batallones, puesto que ya no habia mas recurso que la fuga?»

Cuando el ayudante de campo de Ney quiso entrar en particularidades aflictivas, Bonaparte le interrumpió: — «Coronel, yo no os pregunto detalles.» Esta expedicion de la Rusia era una verdadera extravagancia, que habian criticado todas las autoridades civiles y militares del imperio: los triunfos y las desgracias que recordaba el camino de retirada agriaban y desalentaban á los soldados, y en este camino andado y desandado podia tambien Napoleon encontrar la imagen de las dos partes de su vida.

#### SMOLENSK. — CONSECUENCIAS DE LA RETIRADA.

El 9 de noviembre se habia, en fin, llegado á Smolensk. Una orden de Bonaparte habia prohibido que entrase nadie antes de que los puestos hubiesen sido entregados á la guardia imperial. Los soldados que estaban fuera de la ciudad confluieron al pié de las murallas, y los de adentro se mantuvieron encerrados. El aire resuena con las imprecaciones desesperadas de los de afuera, vestidos con asquerosas levitas de cosacos, con capotes remendados, con mantas de caña ó de caballo, y cubierta la cabeza con gorros, shakos desvencijados y cascos abiertos ó rotos; y todo esto ensangrentado ó lleno de nieve, y horadado por las balas ó partido por los sablazos. Con el rostro lívido y los ojos sombríos, miraban á lo alto de las murallas rechinando los dientes, y con el aire de aquellos prisioneros mutilados que en tiempo de Luis el Gordo llevaban en su mano derecha su mano izquierda cortada; hubiéraseles tomado por máscaras furiosas, ó por enfermos dementes escapados de un hospital. Llegaron la jóven y la antigua guardia, y entraron en la plaza incendiada á nuestro primer paso. Entonces prorrumpieron en gritos contra la tropa privilegiada. Estas cohortes famélicas corrieron tumultuosamente á los almacenes como una insurreccion de espectros, y fueron rechazadas y batidas, quedando los muertos en las calles, y las mujeres, niños y moribundos sobre las carretas. El aire estaba infestado de la corrupcion de una multitud de cadáveres antiguos: algunos militares eran atacados de imbecilidad ó de locura, y otros, cuyos cabellos se habian erizado y retorcido, blasfemando ó riendo con una risa estúpida, caian muertos. Bonaparte exhaló su cólera contra un miserable proveedor impotente, cuyas órdenes no se habian ejecutado.

El ejército de cien mil hombres, reducido á treinta mil, iba costeado por una banda de cincuenta mil rezagados, y ya solo se contaban mil ochocientos ginetes montados, cuyo mando dió Napoleon á Mr. de Latour-Maubourg. Este oficial, que mandaba los coraceros en el asalto del gran reducto de Borodino, sacó la cabeza partida de sablazos, y después perdió una pierna en Dresde. Viendo á su doméstico que lloraba, le dijo: — «¿De qué te quejas? De este modo no tendrás mas que una bota que charolar.» Este general, fiel á la desgracia, ha sido el ayo de Enrique V en los primeros años del destierro del jóven príncipe: yo me